

INAUGURACIÓN DEL COLISEO POLIDEPORTIVO

Estimados amigos:

Al reunirme hoy con ustedes para inaugurar el Coliseo Polideportivo de nuestra Universidad, desearía encontrar una manera exacta y sencilla de decirles que me siento orgulloso y a la vez regocijado. Orgulloso y regocijado, en verdad, porque vemos que la Universidad Católica, esta privilegiada casa del pensamiento que es nuestro segundo hogar, crece con estos nuevos ambientes para así abarcar cada vez más y mejor los diferentes ámbitos del quehacer y la creatividad humanos, todo ello sin desasirse, desde luego, de los principios originales en los que ella siempre ha creído y por los que siempre ha elevado su palabra.

Así pues, si hoy nos sentimos llamados por esta grata mezcla de emociones, es porque esta moderna construcción, observada bajo las luces del futuro, posee un significado muy especial, que va mucho más allá de la simple satisfacción que habría de producirnos alcanzar un logro material. En efecto, hoy no inauguramos tan sólo firmes y flamantes estructuras de

ladrillo, fierro y cemento; también abrimos nuevos cauces que nos permitirán cumplir con esa parte esencial de nuestra identidad, que es la de brindar a nuestros alumnos una formación verdaderamente integral. Ese carácter cabal que reclamamos para la educación universitaria puede considerarse desde varios puntos de vista, y así tratamos de plasmarlo día a día en las diferentes tareas que emprendemos en nuestro claustro; pero, en esta ocasión, me parece oportuno que pensemos en ella como un horizonte que demanda también una alianza entre el cultivo de nuestras facultades intelectivas y el desarrollo de nuestras capacidades físicas. Y más aun, como la búsqueda de un punto de encuentro entre ambas, de un puente por el que la educación de nuestra mente y la ejercitación de nuestro cuerpo se comuniquen y se alimenten en forma recíproca.

El coliseo que hoy inauguramos constituye, precisamente, un nuevo paso que nuestra Universidad da hacia la construcción de ese puente, un paso de especial trascendencia entre los muchos que, estamos seguros, habremos de ensayar para afirmar esa educación plena que anhelamos. La actividad deportiva, bien lo sabemos, es fundamental en sí misma, en su estricto sentido físico, pues, conducida adecuadamente, se vincula con el desarrollo saludable de quienes la practican. Pero, parejamente, el juego y la competencia son también privilegiados escenarios para la formación

social de las personas, territorios en los que se prolonga nuestro aprendizaje de las reglas básicas de convivencia pacífica, de las posibilidades y límites de nuestra fortaleza y, no menos importante, de una verdad central para la edificación de una sociedad armoniosa: que aquel que circunstancialmente es nuestro oponente, no por ello es nuestro enemigo.

Hay, pues, una dimensión ética en la práctica deportiva que me gustaría poner de relieve esta tarde. Y es que con ella, además de la destreza física y la armonía psicológica que obtenemos, participamos del cultivo permanente de valores humanos esenciales, como son la amistad, la caballerosidad, el respeto al otro, la responsabilidad que subyace a nuestros actos y el indispensable concierto de voluntades para alcanzar un mismo fin. El deporte se yergue, así, en un medio que nos ayuda a discernir lo que está bien, lo deseable, esa vida buena a la que debemos aspirar en nuestras acciones colectivas como sociedad.

Por ello, consideramos fundamental levantar una edificación amplia y moderna que albergara y alentara entre nosotros las actividades deportivas, las cuales, por cierto, representadas por los diferentes seleccionados y equipos oficiales de nuestro claustro, nos han brindado tantas y tan grandes satisfacciones. Pero ése, como ya se ha dicho, no es él

único cometido que ha presidido la construcción de este coliseo que hoy abre formalmente sus puertas. Él servirá, igualmente, como sede para importantes actos institucionales, académicos y culturales. Ello porque entendemos que en nuestra Universidad no existen –no podrían existir- los compartimentos estancos y porque creemos, más bien, que al crear espacios de uso simultáneo, estamos forjando nuevas formas de proyectar y afirmar nuestros vínculos como comunidad.

No está demás, entonces, que repita en esta ceremonia algo que he debido señalar en ocasiones similares a ésta: que no estamos asistiendo a una mera develación de un recinto neutro y frío, sino, más bien, a la puesta en funcionamiento de un nuevo espacio en el que se recoge fielmente ese viejo espíritu de hogar que anima a nuestra Casa desde sus tiempos fundacionales; espíritu que hoy, reconociéndose en su historia, se rejuvenece y adquiere renovadas energías para acometer metas y desafíos cada vez más altos.

Queridos amigos:

No podría concluir estas breves palabras sin expresar el agradecimiento de la Pontificia Universidad Católica a cuantos han

contribuido con su excelente labor a la concepción y ejecución de este proyecto. Gracias a ellos nuestra comunidad universitaria tiene ya a su disposición este coliseo, verdadero ejemplo de arquitectura moderna y acogedora, además de propicia para el empleo multifuncional que pensamos darle. Debo destacar, por supuesto, el sobresaliente papel cumplido por la Oficina de Infraestructura de la Dirección de Administración de nuestra Universidad, la cual ha trabajado en forma conjunta con destacados profesionales, haciendo posible el que hoy dispongamos de este recinto.

Con profunda satisfacción y esperanza, con la seguridad de que con esta nueva edificación nuestro claustro se reafirma en su ser y su quehacer, cumpla con el grato deber de entregar a nuestra comunidad universitaria este hermoso y acogedor Coliseo Polideportivo.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 19 de Mayo del 2004